



LOS CENTENARIOS DE «HERMANO LOBO»

MAESTRO AFORIN

SE cumplen en estas luctuosas fechas los cien años del nacimiento o de la muerte (ya no nos acordamos bien, porque estuvo siempre un poco cadáver) del inolvidable maestro Aforin, que tomó este seudónimo a muy temprana edad —en la pila del bautismo— por su afición a hacer aforismos, que son una cosa tan tonta.

—Anda, niño, haz un aforismo —le decía su madre cuando había en casa una visita.

El niño, con lazada al cuello, pantalón bombacho y cara de académico, se subía en una silla —la silla que tenía para hacer aforismos— y decía, por ejemplo:

—El tiempo pasa que es un primor y sobre todo, pasa el amor.

¿Qué es el amor, qué es el tiempo?

De modo que se quedó con Aforin. Las visitas se iban maravilladas de aquella casa y decían que el niño llegaría muy lejos, de modo que, cuando hombre, tuvo que llegar muy lejos para no dejar mal a las visitas. Desde su pueblo natal, bañado por las aguas jurisdiccionales marroquíes, se traslada a Madrid a muy temprana edad, pertrecha-

do de aforismos, pluma y papel para escribir una carta a su querido Miguel. Repartía aforismos por las botillerías, pagaba el café con aforismos y todavía quedan por Madrid viejos camareros que se sacan del bolsillo un aforismo y se lo enseñan al reportero insaciable:

—Me lo dio el maestro una noche que no tenía para pagar el recuelo. Lo guardo como oro en paño. ¿Usted cree que me darian

algo por este aforismo en la Academia?

El reportero insaciable mira el aforismo al revés y al derecho, lo bota en el mármol del velador y se lo devuelve al camarero: —Ni un duro. No vale ni un duro. Es falso. Andan por ahí muchos aforismos falsos. El maestro se falsificaba a sí mismo, como Picasso. Este lo trajo de Francia cuando el exilio.

Pero hoy está en los altares literarios y en los textos del bachillerato. Ahora se cumplen cien años de algo, en su vida. Sentimos no recordar de qué, pero nos sumamos al centenario. Como él mismo hubiera dicho, con su sintaxis inimitable: "Dentro de cien años, todos calvos". ■ U.



CON eso del petróleo la política internacional está muy agitada estos días. Los árabes amenazan con dejar paradas todas las maquinillas de la civilización occidental y entonces el desolado asfalto de los Campos Elíseos sin un solo coche se va a poner con hierba hasta la rodilla. Los burgueses europeos vislumbran unas Navidades con brasero, como los personajes de Dickens, con las calles llenas de niños ateridos comiendo turrón de soja, con el viento frío ululando contra los ventanales apagados por la restricción. Naturalmente los señores de la mantequilla y del chukrut se están poniendo cabreadísimos con todo esto, pero a nosotros ni nos

FABADA CON GUIRNALDAS

va ni nos viene, porque no en vano tenemos una política propia. Nuestra tradicional amistad con los países árabes permite ahora que los domingueros españoles podamos seguir embotellando carreteras alegremente. Cuando en los tiempos heroicos del boicot internacional aquí sólo llegaban de visita personajes con batolón, barba africana y toalla en la cabeza con séquito de concubinas, los despechados de siempre se reían. Pero ya ven lo que son las cosas. Lo de siempre. Que al freír será el reír.

Y mientras el caño del petróleo de los árabes funcione libremente, para nosotros en pago de nuestra fidelidad y de nuestros editoriales de periódico no hay de qué preocuparse. Pero si un día fallara o fallase y nos quedaríamos sin poder cumplir nuestro particular mito de Sisifo, que consiste en subir cada domingo a la montaña en el coche a comer tortilla de patatas entre los abrojos, entonces los españoles todavía tenemos dos importantes caras que jugar: la primera echar mano de un santo incorrupto y

pasearlo por las calles con rogativas para ver si llueve petróleo; la segunda, resucitar el antiguo proyecto de la gasolina sintética fabricada con agua de mar, de río o de cascada.

Por lo demás, como se acerca el tiempo en que los tenderos nos desean felices pascuas y nos presentan las fabadas de bote adornadas con angelitos de escarcha y la televisión incumpliendo las órdenes de austeridad del gobierno nos fuerza a comprar las cosas más inauditas arrojando mensajes contra nuestro sofá, pues hay que decir que siga la alegría de llenar las casas de cacharros, Y a ver por dónde revienta esta sociedad de consumo. ■ VICENT.

